

Con la mirada de fuego,  
Con el suspiro ferviente,  
Que renuevan dulcemente  
*El juramento de amor.*

Es vivir cortos instantes  
Como el querube en el cielo,  
Sin el mas leve desvelo,  
Sin la sombra del dolor;  
Anticipando las dichas  
De la eterna bienandanza,  
Porque es su fiel semejanza  
*El juramento de amor.*

1849.—MÁRCOS ARRONIZ.



## LOS PRESENTIMIENTOS.



N medio de las maravillas del  
Universo, nada es tan incom-  
prendible para el hombre, como  
el hombre mismo, como lo que  
existe en su propio sér que  
piensa y que siente, que goza y que padece.  
Jamás podemos darnos cuenta del origen de  
nuestros pensamientos, jamás nos esplicamos

todo lo que pasa en nosotros mismos; el espíritu humano se sorprende de sus propias fuerzas, pero no se conoce á sí mismo. Podemos penetrar los misterios de la creacion, podemos prever los movimientos de los astros que tachonan y embellecen el firmamento; podemos conocer la organizacion portentosa de las plantas y de los animales; podemos estudiar casi todos los fenómenos grandiosos de la naturaleza; podemos sorprender en las entrañas de la tierra el secreto de la formacion de los minerales, y sin embargo, no nos conocemos, no sabemos de dónde venimos, ni á dónde vamos; nuestro espíritu y nuestro corazon están cubiertos de un velo que nos oculta el porvenir que no podemos penetrar, y que muchas veces quisiéramos romper, mas bien por vanidad y por orgullo, que por el deseo de poder gobernar nuestras pasiones.

Nunca conocemos en qué consiste el dulce sentimiento de la melancolía que derrama su calma en el corazon; ni podemos dominar la simpatía ó la antipatía que nos atrae ó nos aleja de ciertos sitios y de ciertos seres, ni sabemos por qué á veces nuestra imaginacion recorre poderosa la creacion, y sola nos encanta con una belleza que apenas se encierra en nuestra mente, y que no alcanzan los sentidos.

Mas entre todo lo que pasa de extraño y de incomprendible en nuestra alma, nada acaso es tan extraordinario ni tan misterioso como los presentimientos.

Los presentimientos son una manera vaga de descubrir el porvenir, son como un destello que nos hace conocer los sucesos futuros. Tal vez el cielo nos da

un aviso vago y fugitivo de los peligros que amenazan nuestra existencia moral; y este es el fin divino de los presentimientos, y nosotros que nos sentimos dominados un instante, despues ahogamos esa voz misteriosa, en medio del ruido del mundo y dejándonos llevar de nuestras pasiones.

Los presentimientos, como todo lo que tiene relacion con la parte moral del hombre, no pueden explicarse de una manera clara y precisa; pero si en medio de la felicidad, si al apurar llenos de gozo las delicias del mundo, habeis sentido que vuestro corazon se estremece, que vuestra frente se nubla; si habeis experimentado un temor vago, si habeis creido que la dicha huye, y el dolor oscurece vuestra mente, entónces sabeis lo que son los presentimientos.

Como en medio de un día sereno, suele flotar en el espacio una nubecilla negra, presagio de la tormenta; como en medio de una noche silenciosa alumbrada por la luz apacible de la luna, suele oírse á lo léjos la voz del trueno, así en medio de la algazara del mundo, de los placeres purísimos de un amor casto, pero ardiente, de los favores de la fortuna, de los encantos de la gloria, pasa algo en el corazon que nos hace temblar, que hace palidecer el brillo deslumbrante de la felicidad, y que nos revela que nuestras dichas son efímeras y pasajeras, que en nuestra vida sufriremos desengaños y dolores. Verdad es que ese anuncio siniestro es condenado al olvido

como una creencia caprichosa de la mente que delira; pero á veces se repite, vuelve sin cesar, lo oímos en el fondo del alma resonar terrible y frío como el desencanto . . . .

El presentimiento cruza fugaz por nuestra mente, como el relámpago recorre el firmamento; pero deja una huella que en vano queremos borrar. Nunca comprendemos con claridad lo que significa esa emoción amarga que viene á envenenar los placeres, á eclipsar las mas brillantes ilusiones, á destruir los ensueños mas halagüeños; pero en el curso de la existencia, vamos perdiendo todo lo que amamos. Los ídolos del corazon se desvanecen y se pierden, como se pierde el vapor que se eleva en la superficie de los lagos; la fortuna, la gloria, el amor y la felicidad nos abandonan, y entónces recordamos con amargura la impresion que un instante experimentamos en medio de los mas vivos placeres.

Si hay presentimientos siniestros, tambien los hay que esparcen un bálsamo de consuelo en el alma de los que sufren en el mundo.

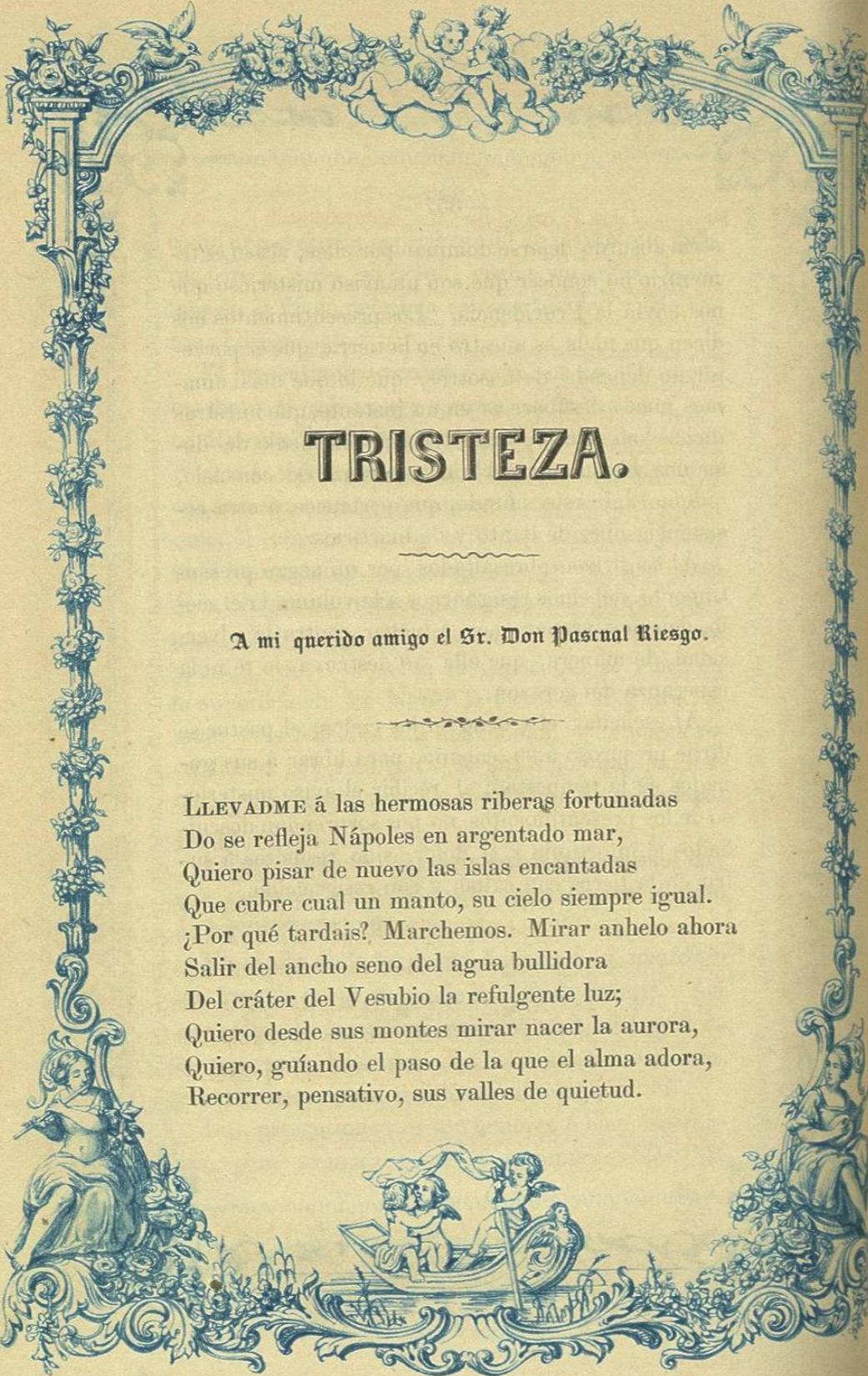
En medio de la tormenta luce para el náufrago una estrella propicia que lo salva de la muerte. Así en medio de las penas morales suele el ángel de la esperanza batir sus alas sobre nuestro corazon, y darle fuerza para resistir la adversidad.

Los presentimientos son temores ó bien esperanzas, pero siempre vagos é incomprensibles. Si

sería absurdo dejarse dominar por ellos, acaso es temerario no conocer que son un aviso misterioso que nos envía la Providencia. Los presentimientos nos dicen que nada es nuestro en la tierra, que el porvenir no depende de nosotros, que lo que mas amamos puede desaparecer en un instante, que nuestras dichas son siempre transitorias; y en medio del dolor nos hacen entrever una esperanza de consuelo, que no es de este mundo, que pertenece á otra existencia libre de llanto y de martirios.

Al sentirnos sobresaltados por un negro presentimiento, debemos resignarnos á la voluntad del cielo, debemos prepararnos á luchar contra la adversidad, de manera, que ella no destruya la fé ni la esperanza del corazon.

Al escuchar el trueno en los cielos, el pastor se dirige presuroso á su cabaña, para librar á sus ganados de la tempestad; al recibir el aviso misterioso de los presentimientos, no nos sorprendan descuidados el infortunio y el dolor, sino resueltos á sufrir en la tierra con calma y con resignacion.

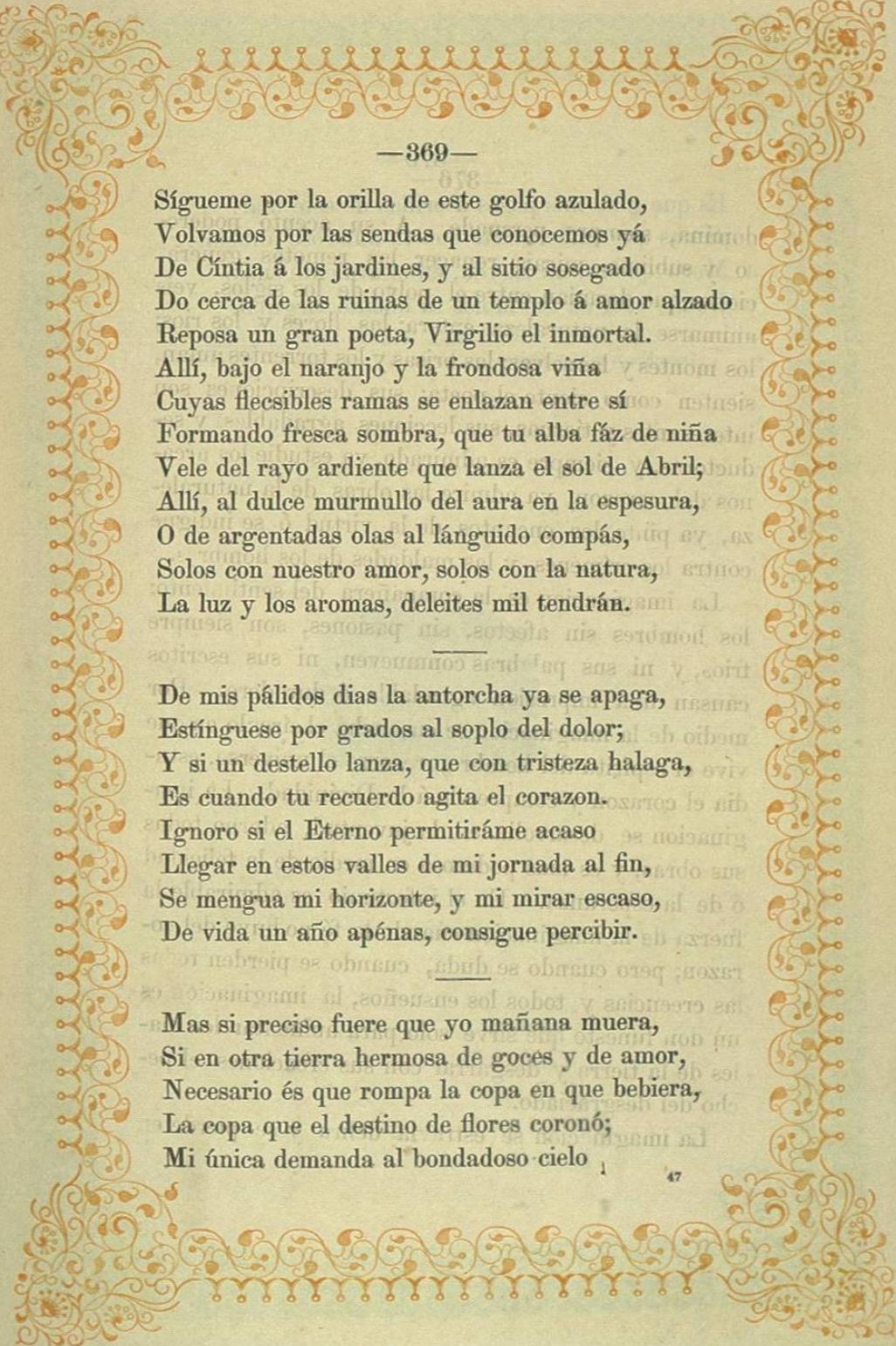


## TRISTEZA.

A mi querido amigo el Sr. Don Pascual Riesgo.

LLEVADME á las hermosas riberas fortunadas  
Do se refleja Nápoles en argentado mar,  
Quiero pisar de nuevo las islas encantadas  
Que cubre cual un manto, su cielo siempre igual.  
¿Por qué tardais? Marchemos. Mirar anhelo ahora  
Salir del ancho seno del agua bullidora  
Del cráter del Vesubio la refulgente luz;  
Quiero desde sus montes mirar nacer la aurora,  
Quiero, guíando el paso de la que el alma adora,  
Recorrer, pensativo, sus valles de quietud.

—369—



Sígueme por la orilla de este golfo azulado,  
Volvamos por las sendas que conocemos yá  
De Cíntia á los jardines, y al sitio sosegado  
Do cerca de las ruínas de un templo á amor alzado  
Reposa un gran poeta, Virgilio el inmortal.  
Allí, bajo el naranjo y la frondosa viña  
Cuyas flexibles ramas se enlazan entre sí  
Formando fresca sombra, que tu alba fáz de niña  
Vele del rayo ardiente que lanza el sol de Abril;  
Allí, al dulce murmullo del aura en la espesura,  
O de argentadas olas al lánguido compás,  
Solos con nuestro amor, solos con la natura,  
La luz y los aromas, deleites mil tendrán.

De mis pálidos dias la antorcha ya se apaga,  
Estínguese por grados al soplo del dolor;  
Y si un destello lanza, que con tristeza halaga,  
Es cuando tu recuerdo agita el corazon.  
Ignoro si el Eterno permitiráme acaso  
Llegar en estos valles de mi jornada al fin,  
Se mengua mi horizonte, y mi mirar escaso,  
De vida un año apénas, consigue percibir.

Mas si preciso fuere que yo mañana muera,  
Si en otra tierra hermosa de goces y de amor,  
Necesario és que rompa la copa en que bebiera,  
La copa que el destino de flores coronó;  
Mi única demanda al bondadoso cielo

Es que guíe mis pasos á orillas de este mar.  
¡Sitios que embelleciste con tu amoroso anhelo! . . .  
Morir quiero, mi Zayda, en el ardiente suelo  
Donde bebí en tus lábios tu aliento virginal.

México, Octubre de 1850.—EMILIO RAY.  
(Traducción libre de Lamartine.)

